

**Carolina Sanín**

***Los niños***

**Madrid: Ediciones Siruela, 2015. 153 pp.  
ISBN: 9788416396078**

**Martín Ruiz Mendoza / University of Michigan**

“Laura Romero oyó que la mujer que cuidaba los carros frente al supermercado le ofrecía a un niño. Oyó que le decía: *Le tengo al niño*” (13). Estas frases desconcertantes abren *Los niños*, historia de amor poco convencional que explora, de la mano de dos perfectos desconocidos, el fondo de horror que hay en toda relación con el otro. El título evoca juguetes, animales fabulosos y papel de colgadura, entre otras tantas cosas que uno imagina infantiles. Y muchas de ellas pasan por estas páginas de intensidad condensada, en las que Carolina Sanín crea—a través de una prosa directa que sin embargo no excluye la ambigüedad—un universo perturbador en que los niños y sus cosas son una rendija a lo extraño.

Laura Romero, a quien su galgo Brus le hace compañía, encuentra una noche bajo el balcón de su apartamento a un niño presuntamente abandonado. De él no sabemos casi nada aparte de su nombre: Elvis Fider Loreto Membrives. Y en realidad no es poco, pues ya este nombre improbable revela el abismo que separa al niño de esa madre por accidente en que se convierte Laura. Para acortar el abismo, ella decide llamarlo Fidel, como si con ese acto de apropiación pudiera conjurar la amenaza de lo ajeno. Sin embargo, a lo largo de las tres partes que componen la novela, queda claro que la diferencia del otro—con todos sus rasgos inquietantes—no puede ser domesticada. Al final de la segunda parte, por ejemplo, descubrimos que Laura no llega a reconocer como familiar el nombre que ella misma ha escogido para el niño.

De Laura se nos revelan algunas cosas. Nunca una descripción detallada con pretensiones de hacérsela comprensible, pero sí una constelación de datos aparentemente aislados que sin embargo nos la hacen visible. Sabemos que fue hermosa—cuando empezó su historia con Fidel, leemos en el primer capítulo, “ya quienes la conocían llevaban una década diciendo de ella *Fue una belleza*” (12)—; que le gusta leer; que frecuenta la Olímpica—supermercado al que la novela nos lleva una y otra vez como si fuera su centro de gravedad—; que, para desconcierto de Fidel, su voz quedó inmortalizada en el servicio horario del 117; que su familia es propietaria de una mina de sal que le permite vivir holgadamente sin necesidad de trabajar; y que, a pesar de eso, hace el aseo en casa de una pareja mayor en el barrio Santa Ana.

Fidel deja a Laura desposeída de algunos de estos rasgos distintivos. Por él abandona su trabajo en esa casa ajena que, como leemos en el segundo capítulo, imaginaba “a imitación

de un palacio y un reino de los que había leído en un libro antiguo” (25). Con la aparición de Fidel, Laura invierte esa pulsión imaginativa en este nuevo personaje, al cual pierde, recupera, y vuelve a perder. La irrupción de ese extraño en su vida posterga además su lectura de *Moby Dick*, que sirve como trasfondo ideal a la narración que Sanín articula en torno al misterio de lo que nada en lo profundo.

Los cambios en la vida de la protagonista hacen que el relato tenga la tensión de lo excepcional. Sin embargo, a medida que se desarrolla la relación entre los personajes principales, descubrimos que lo excepcional ha dejado su huella y que el mundo de Laura ha sido contaminado para siempre. Esa contaminación pasa por estas páginas unas veces como encuentro feliz, y otras—la mayoría—como opacidad ineludible, como total incompreensión.

El escenario es la Bogotá de hoy (con sus peligros cotidianos y amenazas a lo propio siempre al acecho), recreada en su complejidad escurridiza por los movimientos de estos personajes que a su vez se encuentran con otros; todos ellos figuras pasajeras cuyas historias quedan solo esbozadas y que, por eso mismo, tienen consistencia de sombras. Sombras que deambulan por esta ciudad dividida entre norte y sur; entre propietarios y ladrones; entre los niños del Bienestar Familiar y los demás; entre la parcela de lo conocido y la amenazante periferia. La novela se mueve entre estos mundos opuestos a la vez que destruye la oposición. El cruce de caminos entre Laura y Fidel hace que todo se mezcle y converja en el papel, como en esa isla que Laura imagina habitada por la fauna disímil del pasado, de *su* pasado.

La figura de la isla no es fortuita. El aislamiento que ella sugiere es un motivo fundamental de la novela. Ese aislamiento deviene vértigo con la yuxtaposición de múltiples islas dentro de la narración. Así, a la isla imaginada por Laura se sobrepone la de Fidel (a la que él se refiere como Sala), un sitio que contiene otro sitio: “*un sitio más adentro*”, al que no se le puede “*encontrar el hueco*” (129).

La novela explora ese hueco inaccesible que parece estar más adentro del adentro, más allá de todo nombre común o propio: un hueco hacia ese otro mundo que es el mundo del otro. Ese hueco toma en este libro la forma elemental de la pérdida. Pérdida de lo propio que, sin embargo, no hace menos profundo el abismo de lo ajeno. En su última visita a la Olímpica, Laura siente, “como un instante de sofoco, o

más bien como un pinchazo” (137), el deseo de esa pérdida: “Quiso que una mano invisible la tocara sin saber a quién tocaba; que en la sucesión incansable de su vida entrara de repente un personaje y la afectara, y ella nunca pudiera saber quién había sido, quién se había aparecido invisible para que ella lo descubriera e imaginara cuando ya se hubiera ido” (137). Este libro es una ventana a ese deseo extraño.